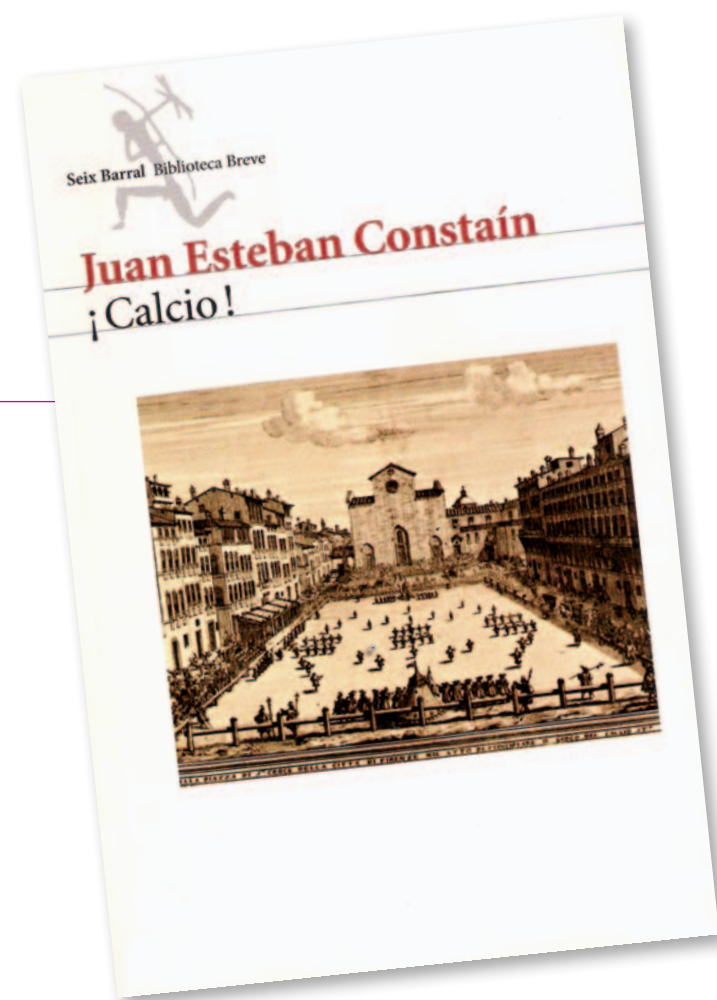


# Memorias de la mano de Dios

Juan Carlos Orrego A.



Aunque los hinchas del equipo que gana parcialmente una final crean lo contrario, los partidos de fútbol son de corta duración. Tan es así que el género literario que mejor los abarca es el cuento, como lo prueban las ágiles gambetas narrativas con que Roberto Fontanarrosa, Mario Benedetti, Osvaldo Soriano y José Luis Sampedro —por no enumerar una larga plantilla de escritores— han dado cuenta de las incidencias comprendidas entre dos pitazos arbitrales. Aun así, no son pocas las novelas que se interesan en el balompié; sin embargo, en todas ellas se hace evidente la necesidad de surtir la trama con diversas aventuras e intrigas acaecidas fuera de los estadios, que van desde cálidas estampas de la vida aldeana hasta retorcidas conspiraciones criminales.

De reciente publicación, *¡Calcio!* (2010) del colombiano Juan Esteban Constaín (Popayán, 1979) es una entre las novelas que relatan mucho más que un partido de fútbol. Pero algo la distingue en su subgénero y, sobre todo, de la más reciente obra del mismo asunto publicada por un compatriota suyo, *Autogol* (2009) de Ricardo Silva Romero: encara su obligación de extenderse sin traspasar los márgenes de lo que en últimas es el deporte rey, esto es, del divertimento. Con otra óptica, Silva Romero apela a la truculenta y patética historia de un comentarista deportivo —Pepe Calderón Tovar— que asesina al zaguero Andrés Escobar a causa del autogol embocado en el Mundial de 1994. Sin embargo, hay que conceder que esa es la misma senda seguida por escritores de mayor renombre internacional, como Manuel Vázquez Montalbán

en *El delantero centro fue asesinado al atardecer* (1989) —los comentarios están de más— y Roberto Fontanarrosa en *El área 18* (1982), en que el protagonista es un mercenario sirio. La leyenda negra que envuelve al fútbol no es, propiamente, la especie verbal menos difundida en nuestros días.

Lejos de eso, en *¡Calcio!* se trata, antes que nada, de una disputa libresca. Arnaldo Momigliano, judío italiano radicado en Inglaterra, se trenza en un alegato académico sobre los orígenes del fútbol con un erudito local, el profesor Winwood. La pugna, nacida en una reunión informal a la postre convertida en asunto de Estado, lleva a los contendientes a documentarse con la extravagante exhaustividad que sólo es posible entre eruditos. Momigliano prepara una memoria sobre una partida de *calcio* jugada en 1530 entre los habitantes de Florencia y soldados de Carlos V, la cual, transcrita décadas después por el narrador de la historia —Richard Sutcliffe, colega del italiano— es, propiamente, el cuerpo de la novela. Una vez ventilados los argumentos de las partes, la querrela intelectual se resuelve con un partido entre las selecciones de Inglaterra e Italia en que poco importa el resultado, a juzgar por una línea exultante de Sutcliffe: “Qué más daba: era el fútbol lo que queríamos allí” (p. 200).\*

Sin que quepa duda, se trata de una novela histórica en el sentido más extremo de la etiqueta: porque, además de ser invocados personajes y episodios del pasado, lo que hay en juego es una pesquisa en documentos antiguos. El mismo Arnaldo Momigliano (1908-1987) existió realmente, con una estela biográfica no traicionada sustancialmente por Constaín; del mismo modo, son históricos el

papa Clemente VII, el emperador Carlos V, Miguel Ángel Buonarroti, Gonzalo Jiménez de Quesada y otras figuras acomodadas en el contexto del cerco que, acabándose la tercera década del siglo XVI, las fuerzas hispánicas desplegaron sobre la Florencia republicana. Con la misma justeza puede verificarse la gruesa información vertida sobre diversos hechos políticos y minuciosas prácticas culturales. Pero, como es de esperar, el novelista da cuenta de esos tiempos idos y de sus épicas con la mentalidad literaria de nuestros días y, sin pudor —aunque al mismo tiempo con delicadeza—, los reescribe imaginativamente. De ahí que el célebre clasicista Momigliano resulte ser el autor de la citada memoria sobre el fútbol y que el cerco trate de zanjarse con un improvisado partido de *calcio* entre un equipo de la ciudad y otro del imperio, con la peregrina participación de un par de indios mexicanos muy curtidos en las artes de la pelota.

Una sinopsis de los líos políticos de la Europa mediterránea del siglo XVI antecede, narrativamente, al tenso momento en que la bola comienza a rodar en Florencia, y en virtud de eso llega a parecer que la novela se sobrecarga con un expediente de erudición más o menos arbitrario y por completo ajeno al asunto principal. Pero la relación de las contiendas entre reyes y papas incluye un hecho muy pertinente en términos literarios: la puesta en marcha de un discurso inequívocamente futbolero, preñado de indicios tanto evidentes —noticias directas sobre deportes prehistóricos— como taimados —intencionados guiños a la abigarrada historia balompédica—. Entre dichos elementos narrativos no es

el menor, por ejemplo, la presencia de los nativos mesoamericanos en aquel partido improvisado: a ellos va adherida la contundente noción —todo un lugar común de nuestros días— del *tlachtli* jugado por los aztecas desde tiempos casi míticos. Del mismo modo, algo tiene qué significar que dos escuadras de Florencia vistan ropas verdes y blancas la una y rojas y azules la otra; o que uno de los personajes de la hueste de Carlos V —el turco Azad— lleve los mismos apodo y apellido del delantero argentino que ganó, con Vélez Sarsfield, la Copa Libertadores de 1994.

La más llamativa de las irrupciones del moderno discurso del fútbol está, sin embargo, incrustada en el mismo clímax argumental de *¡Calcio!*. El partido que debía resolver la suerte del sitio de Florencia acaba con un estéril empate a tres goles, y justo porque, en los últimos estertores del tiempo acordado para la contienda, uno de los indígenas recurre a un expediente malicioso: “Sin pensarlo más le tiró la pelota, y el indio la hizo volar con la rodilla, yendo hacia adentro él también. Fue así como le vino el portero, enorme, y el indio saltando fingió un cabezazo al balón, pero con el puño escondido, que un poco lo empujó hacia la red” (p. 182). Se trata, aunque parezca inaudito, de una nueva versión de la canónica historia —toda una leyenda de nuestra época— del gol que Diego Maradona marcó a Peter Shilton en el Mundial de 1986. Cualquier duda —por demás, apenas hipotética— sobre la deliberada reescritura de tal anécdota se disuelve ante el título del respectivo capítulo, que casi reproduce la misma fórmula con que la memoria del fútbol recuerda la anotación ladina del

astro argentino: “Dios juega con la mano” (p. 167). Lo significativo es que dicho gesto literario dista de ser, en la novela de Constaín, una salida casual y oportunista y, más bien, es parte de una fina línea interpretativa que atraviesa la memoria de Momigliano.

Las investigaciones del erudito profesor dibujan con nitidez el entresijo de alianzas deleznable y componendas sospechosas a que llevó el choque, en suelo italiano, de las ambiciones de la corona española, los reyes de Francia, los papas y el linaje de los Médicis: un tejido de intrigas en que las decisiones y ejecuciones humanas son vistas como manifestaciones inequívocas de la voluntad de Dios. De ahí que el desenlace del juego que debía resolver el destino político de Florencia sea visto, naturalmente, como uno más entre esos gestos inescrutables, según lo indica un cabecilla italiano a un príncipe del imperio: “Le dijo que Dios era muy grande y que esa tarde había querido que el mundo no cambiara” (p. 183). Sabemos, sin embargo, que lo que realmente hay en el fondo es un empate artero, así como, en el episodio de 1986, la infracción alevosa que un individuo perpetra contra las reglas del fútbol se disfrazaba con los ropajes augustos del destino inquebrantable: la mano no ha sido de Maradona sino de Dios. Constaín fusiona, a través de una anécdota deportiva, un proyecto de revisión crítica —su mordacidad es aplastante— de la gran historia europea con la actualización inesperada de uno de los más sonados escándalos del fútbol moderno, acaso con la idea de establecer, tanto en lo general como en lo particular, que la malicia es inherente al hombre y que el modo correcto de guardar las

apariencias se consigue por la vía de la invocación divina. A partir de esta novela, más que del polémico partido de 1986, un gol empujado con la mano se convierte en un símbolo preñado de una moralidad específica. El autor se vale de lo que hasta hace poco no era más que una anécdota picaresca para reescribir, con nuevas connotaciones, el texto de la historia. A eso, ni más ni menos, Paul Ricœur llama *interpretar*.

Para finalizar debe advertirse que no todo se resume en la sesuda intención de equiparar la moral de los actos humanos a través de la historia (o algo así). En la novela también alcanza visos rutilantes una apuesta lúdica, claramente manifiesta en el hecho de servirse de un episodio específico a través de un salto cronológico de cuatro siglos y medio. Esa lógica de broma y trastrocamiento —de divertimento, como ya se dijo atrás— también se expresa en la novela gracias a un protagonista del que se pinta una catadura pintoresca: es un experto en el mundo clásico pero a diario dispara todo tipo de majaderías contra sus autores de culto y los propios colegas, incapaz de asumir la actitud inglesa de creer en la seriedad de las cosas. A tono con ese carácter, las cartas, apuntes y transcripciones surgidas de la investigación de Momigliano rebosan en humoradas y finas ironías. Pero no podría ser de otra manera: el reto de investigar los orígenes del fútbol ha nacido al calor de una reunión clandestina en un zoológico. Por lo demás, un escenario así solo puede remitir a las desenfadadas páginas de *The man who was Thursday* (1908) de Gilbert K. Chesterton, quien, de hecho, es mencionado por Sutcliffe como uno de “nuestros grandes humoristas” (p. 188). Tampoco

deben pasarse por alto los repetidos guiños al extravagante *Club Pickwick* de Charles Dickens.

A diferencia de los mejores partidos de fútbol, se llega al final de *¡Calcio!* con todo sosiego. El fútbol ya ha sido entendido en todo su fondo de artificio humano, y las ideas o sensaciones contenidas en ese botín antropológico están por encima de todas las erudiciones que puedan amontonarse a propósito de su nebuloso origen. Hasta las mejores jugadas revolotean libremente por la historia, a salvo del sello de pertenencia exclusiva de las diversas épocas. Ello ya había sido advertido, con loable disimulo, en una página intermedia de la novela: “Sólo que mucha gente puede inventar lo mismo en distintas épocas y de distintas formas, y que la historia se encarga de repartir, con sabiduría y con maldad, la luz y la memoria, el olvido, la sombra” (pp. 64-65). Cuando menos se piense, un hombre despabilado volverá a anotar empujando el balón con la mano. ■

---

Juan Carlos Orrego Arismendi (Colombia)

Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.

#### Notas

\* Juan Esteban Constaín. *¡Calcio!*. Bogotá: Planeta, 2010. (Todas las citas de la novela proceden de esta edición).



Bestiario medieval. Hiena.